

M. FABIO QUINTILIANO, *Institución oratoria*, libro x. Edición, introducción y comentario por MIGUEL DOLÇ. Barcelona, Clásicos Emerita, 1947.

He aquí una excelente edición escolar del famoso libro x de Quintiliano. Como surgida en la escuela del Dr. Bassols de Climent, a quien va dedicada, esta obra se recomienda por la solidez de su comentario, muy especialmente en su parte gramatical. El autor además ha estudiado con cariño el problema del canon de la literatura griega y sus relaciones con Dionisio de Halicarnaso y Quintiliano (v. p. 52 ss.), ha tenido en cuenta las ideas antiguas sobre la doctrina retórica, que si desde el romanticismo, y en España desde mucho antes, han perdido su vigencia sobre la literatura moderna, son indispensables para entender y apreciar la literatura greco-latina.

El texto está fijado de modo excelente, y no hemos podido señalar en él ni una errata. Nos vamos a permitir sólo algunas críticas de detalle o bien expresaremos algunas discrepancias, no en tono de corrección, sino de libre discusión y amistosa polémica.

En primer lugar, somos convencidos partidarios del destierro de *U* y *v* de la grafía latina. Es evidente que son más fáciles para el principiante, y por eso las recomendaríamos en los estudios del bachillerato, pero no en la Universidad ni en estudios científicos. La distinción de *u* vocal y *v* consonante en la escritura es un puro anacronismo y además no es aplicable al latín clásico. No entraré ahora en el testimonio de inscripciones y manuscritos, ni tampoco en la métrica que nos habla de *suavis* tan pronto bislabo como trislabo, ni del paralelismo de *u* y *v* con *i* y *j* (y esta última letra ya está desterrada de ediciones y diccionarios); me limitaré, puesto que de Quintiliano tratamos, a un pasaje del profesor de Calahorra (I 4, 7 s. y 11) en el que dice expresamente: *in his seruus et uulgus Aeolicum digammon desideratur*, y recoge el tópico corriente entre los gramáticos de su tiempo de que en latín faltaban ciertas *litterae necessariae*. Muy claro es distinguir *u* y *v*, pero a ello no se llegó ni en latín ni en las lenguas occidentales de Europa hasta el siglo xvi.

Las objeciones que hacemos a la edición de Dolç son menudas y de detalle: preferimos *litotes* a *litote* (por ej. p. 95), por estar esta última forma demasiado influida por el francés o italiano. El sentido «línea de prosa» de *uersus* es normal y corriente, y no sólo propio de Quintiliano (p. 126). La métrica del senario romano no puede calificarse de «licencia casi anárquica» (p. 200) despues que se han descubierto las relaciones de ictus y acento. Finalmente, nuestro buen amigo Dolç ha tomado en serio las historias de la decadencia de la oratoria como consecuencia del ocaso de la libertad republicana en Roma (p. 43 ss., 47): ¡como si la oratoria, como los demás géneros literarios, no tuviera sus «leyes de evolución» bastante fatales, y no hubiera sido inútil y bizantino el seguir produciéndose Cicerones durante un par de siglos más! Quintiliano mismo tenía ya una idea del agotamiento fatal que sigue al florecimiento y sospechaba de las posi-

bilidades de su propia época: *nisi forte nostra potissimum tempora damnamus huius infelicitatis, ut nunc demum nihil crescat* (x 2, 8).

Felicitamos al Prof. Dolç y a la Escuela de Filología de Barcelona por este hermoso volumen, que verdaderamente merece ser estudiado porque ayuda a la inteligencia de uno de los clásicos más verdaderamente escolares y si un tiempo famosísimo y muy leído, hoy demasiado lejano y ajeno a la sensibilidad actual.

ANTONIO TOVAR